

WALLENSTEIN.—Así podía decirlo. (*Le toma la mano confiado.*) Hablando con toda franqueza, coronel, siempre he sido en el fondo afecto á los suecos; bien lo experimentasteis en Silesia y Nuremberg. ¡Cuántas veces os tuve en mi poder, y siempre os facilité la retirada! Cabalmente esto es lo que no me perdonan en Viena, y me obliga á tomar ese partido... Ahora bien; puesto que nuestros intereses son los mismos, tratémoslos con mutua confianza.

WRANGEL.—La confianza nacerá por sí sola de nuestras garantías.

WALLENSTEIN.—A lo que parece, el canciller no se fía aún completamente de mí. Realmente, lo confieso... el negocio no habla mucho en favor mío. Su Alteza discurre que quien engaña á su propio Emperador, bien puede engañarle á él mañana; traición más excusable que la primera. ¿No es ésta también vuestra opinión, coronel?

WRANGEL.—Yo he venido aquí para cumplir mi cometido, no para manifestar mi opinión.

WALLENSTEIN.—El Emperador me ha puesto en el caso de tomar una resolución extrema. En realidad no puedo continuar á su servicio honrosamente, y sólo acudiendo á mi seguridad y á mi legítima defensa, doy ese paso difícil que mi conciencia reprueba.

WRANGEL.—Lo creo. Nadie se determina á tan extrema acción sin verse forzado á ello. (*Pausa.*) Pero no nos toca á nosotros interpretar y juzgar lo que haya pasado entre el Emperador y su general. El hecho es que mientras Suecia combate por una buena causa armada de su conciencia y de su espada, se le ofrece una ocasión favorable. En la guerra, de toda ventaja suele sacarse partido, y nosotros aprovechamos éste. Si logramos ponernos de acuerdo...

WALLENSTEIN.—¿De qué dudan todavía?... ¿De mi voluntad?... ¿De mis fuerzas?... Yo he dado palabra

al canciller de que, si ponía á mis órdenes diez y seis mil soldados, con los diez y ocho mil del ejército imperial, podría...

WRANGEL.—Vuestra Alteza goza la reputación de un talento de primer orden, de un Atila, de un Pirro. Aún se hace lenguas la admiración de cómo, pocos años há, contra lo que todos creían, logró sacar Vuestra Alteza de la nada un ejército poderoso... Pero...

WALLENSTEIN.—¿Pero qué?

WRANGEL.—Pero el canciller opina que es más fácil crear un ejército de sesenta mil hombres sin recursos, que persuadir á la sexta parte...

WALLENSTEIN.—Hablad con entera libertad.

WRANGEL.—... A cometer un perjurio.

WALLENSTEIN.—¿Esto cree? En esto discurre como sueco y protestante que es. Vosotros los luteranos combatís por vuestra Biblia, y os preocupáis de vuestra causa; de modo que seguís adictos á la bandera con entera buena fe y corazón, y quien desertase de ella para pasarse al enemigo, rompería un lazo que os ata á un doble deber; pero entre nosotros no se trata de nada de eso.

WRANGEL.—¡Cómo! ¿No existe en este país, ni patria, ni familia, ni religión?

WALLENSTEIN.—Voy á deciros lo que hay... Sí; el austriaco tiene patria, y la ama con motivo. Pero ese ejército que decimos imperial, acuartelado hoy en Bohemia, no la tiene, ni mucho menos; formado por la escoria de las naciones extranjeras, nada posee bajo la capa del sol. La tierra de Bohemia, además, por la cual combatimos, no guarda ningún afecto á un soberano que le impuso la suerte de las armas, y no la libre elección. Si soporta en apariencia murmurando la tiranía de las ajenas creencias, en el fondo está subyugada pero no sometida; el recuerdo de las inicuas crueldades que se cometieron, mantiene

viva y fomenta en los corazones el deseo de la venganza. ¿Puede acaso olvidar el hijo que acosaron á su padre con perros para que fuese á la iglesia? Un pueblo que ha sufrido tamaños tratos es terrible cuando los soporta, y terrible cuando se venga.

WRANGEL.—Pero ¿y la nobleza? ¿y la oficialidad? De semejante deserción, de tan grande felonía, príncipe, no hay ejemplo en la historia del mundo.

WALLENSTEIN.—La nobleza y la oficialidad están á mis órdenes en cuerpo y alma. Si no queréis creerme á mí, creed al menos el testimonio de vuestros ojos. (*Le presenta la fórmula del juramento. Wrangel la lee y luego la deja sobre la mesa sin decir palabra.*) ¿Comprendéis, ahora?

WRANGEL.—Compréndalo quien pueda. Príncipe, voy á quitarme la máscara... sí, traigo plenos poderes para terminar el asunto. El conde palatino del Rhin se halla con quince mil hombres á cuatro jornadas de aquí, y sólo espera una orden para reunirse con vuestro ejército. Puedo expedírsela en cuanto nos pongamos de acuerdo.

WALLENSTEIN.—¿Qué pide el canciller?

WRANGEL (*con más grave acento*).—Se trata de doce regimientos suecos, de los cuales respondo con mi cabeza. Bien pudiera ser todo eso una añagaza.

WALLENSTEIN.—¡Señor coronel sueco!

WRANGEL (*con tranquilidad*).—Es preciso por tanto que el duque de Friedland rompa formalmente y sin posibilidad de reconciliación, con el Emperador; de lo contrario, no se le confiará ni un solo soldado sueco.

WALLENSTEIN.—¿Qué queréis? Hablad con entera claridad y en pocas palabras.

WRANGEL.—Que se desarmen los regimientos españoles, que se tome á Praga, y que tanto esta como la fortaleza de Egra, sean entregadas á los suecos.

WALLENSTEIN.—Esto es pedir demasiado. ¡Praga!

¡Egra, pase!... ¡pero Praga!... es imposible... Estoy dispuesto á concederos cuantas garantías racionales me pidáis; pero... ¡Praga!... ¡Bohemia!... me basto yo para defenderla.

WRANGEL.—¿Quién lo duda? Nosotros no pensamos únicamente en su defensa; lo que queremos es no haber sacrificado en vano hombres y dinero.

WALLENSTEIN.—Justo es.

WRANGEL.—Y mientras no se nos indemnice, Praga será para nosotros una prenda.

WALLENSTEIN.—¿Tan poco os fiáis de nosotros?

WRANGEL (*levantándose*).—Los suecos deben estar en guardia contra los alemanes. Llamados de la otra ribera del Báltico, vinimos aquí á salvar el imperio de su ruina y á sellar con nuestra sangre la libertad de conciencia y las enseñanzas de las Escrituras. Y hoy ya nadie se acuerda de tales beneficios, y sólo se siente su peso. Todos miran con malos ojos á esos extranjeros acampados en medio del imperio... Si pudieran, nos mandarían regresar á nuestros hogares con un puñado de oro... No, no dejamos á nuestro rey en el campo de batalla por el salario de Judas... No derramaron los suecos su noble sangre por dinero... ni queremos regresar á nuestro país con estériles laureles. Queremos seguir siendo ciudadanos de una tierra que nuestro rey conquistó á costa de su vida.

WALLENSTEIN.—Ayúdame á derribar al enemigo común, y la tierra que tanto deseáis será vuestra sin falta.

WRANGEL.—Y cuando hayamos vencido á ese enemigo ¿cuál será el lazo de la nueva alianza? Príncipe, nosotros sabemos (á pesar de que los suecos debiéramos ignorarlo) que estáis secretamente en tratos con los sajones. ¿Quién nos garantiza que no seamos víctimas de ese tratado que juzgáis prudente ocultarnos?

WALLENSTEIN.—Veo que el canciller sabe elegir sus

procuradores. No podía enviarme otro más obstinado. (*Se levanta.*) Buscad otra condición, señor coronel, pero no hablemos de Praga.

WRANGEL.—Mis poderes no se extienden á tanto.

WALLENSTEIN.—¡Entregaros mi capital!... Preferiría reconciliarme con el Emperador.

WRANGEL.—Si es tiempo todavía.

WALLENSTEIN.—Es tiempo ahora, y siempre que quiera.

WRANGEL.—Tal vez lo fué algunos días atrás, pero hoy no, desde que cayó prisionero Sesina. (*Wallenstein se calla y parece estupefacto.*) Principe, no dudamos de vuestra sinceridad; desde ayer, estamos seguros de ella. Puesto que este papel nos responde del ejército, no hay razón para desconfiar más... No riñamos por Praga... El canciller se contenta con la cesión de la parte antigua de la capital, y cede á Vuestra Alteza el Rastschin y el pequeño barrio... Pero, ante todo, nos entregaréis Egra. Sin esto sí que es imposible llegar á un acuerdo.

WALLENSTEIN.—Por lo visto, yo debo fiar de vosotros, y vosotros no de mí. Lo pensaré.

WRANGEL.—Ruego á Vuestra Alteza que no ande remiso en ello. Dos años llevamos ya de gestiones. Si esta vez no dan ningún resultado, el canciller las declarará definitivamente terminadas.

WALLENSTEIN.—Me apremiáis harto. Tan grave resolución debe ser pesada con tiento.

WRANGEL.—Es verdad, Alteza; pero sólo la pronta ejecución puede asegurar su éxito. (*Vase.*)

## ESCENA VI

WALLENSTEIN, TERZKY, ILLO

ILLO.—¿Habéis concluído?

TERZKY.—¿Estáis de acuerdo?

ILLO.—Salió muy contento... Sí, os habréis entendido.

WALLENSTEIN.—Oid. Nada está resuelto aún. Todo bien considerado, prefiero no hacer nada.

TERZKY.—¡Cómo!... ¿Qué dices?

WALLENSTEIN.—¡Vivir por gracia de esos arrogantes suecos!... Vaya... ¡no puedo sufrirlo!

ILLO.—¿Acaso les mendigas un asilo, como un prófugo? Más les das en cambio de lo que recibes.

WALLENSTEIN.—¿Cuál ha sido el fin de aquel condestable de Borbón que se vendió á los enemigos de su patria, y volvió sus armas contra el propio país? Morir maldecido de todos, en justo castigo de su desnaturalizada y culpable conducta.

ILLO.—Pero ¿estás en el mismo caso?

WALLENSTEIN.—Creedme; el hombre respeta la fidelidad como el más estrecho parentesco que existe; nadie hay que no se crea nacido para castigar á los que la ultrajan. El odio de las sectas, el furor de los partidos, la envidia, la rivalidad, todo cede, todo se aplaca, todo se reconcilia para perseguir al enemigo común de la humanidad, á la bestia feroz que viola el pacífico asilo donde el hombre se retira en busca de seguro. Porque la prudencia individual no le basta. Naturaleza púsole ojos debajo de la frente, pero á su espalda, sólo la buena fe le sirve de escudo.

TERZKY.—No te juzgues con más rigor que los mismos enemigos que te tienden alegremente la mano.

¿Se anduvo con tantos escrúpulos el mismo Carlos, el tío del Emperador? Con los brazos abiertos recibió á ese Borbón.... El gran motor del mundo es el interés.

## ESCENA VII

Dichos.—LA CONDESA TERZKY

WALLENSTEIN.—¿Quién te manda venir?... Aquí no estamos tratando cosas de mujeres.

LA CONDESA.—Venía á felicitarte. Supongo que no me habré precipitado...

WALLENSTEIN.—Ruégale que se vaya, Terzky.

LA CONDESA.—Quería ver al rey de Bohemia.

WALLENSTEIN.—No está todavía decidido.

LA CONDESA (*á los otros*).—Bien;... ¿en qué estado se hallan las gestiones?... Hablad.

TERZKY.—El duque no quiere.

LA CONDESA.—¿Cómo que no quiere!... ¿No quiere lo que debe?

ILLO.—A vos, señora, toca persuadirle. Por mi parte ya hice lo que pude... Sale hablándonos de fidelidad y de conciencia.

LA CONDESA.—Pero ¿cómo es eso?... Cuando el plazo estaba lejano y se tendía á tus ojos el camino, te mostrabas muy decidido y valiente... y ahora que el sueño se trueca en realidad y se acerca el momento de la ejecución; ahora que se ofrece cierto el resultado... ¡te pones á temblar! ¡Por lo visto eres osado en los proyectos, y cobarde en la acción! Con esto das la razón á tus enemigos, que es cabalmente lo que aguardan. Están seguros de que el proyecto existe, y pueden convencerte de ello con papeles sellados y firmados, pero no creen en su ejecución porque en-

tonces debieran temerte y estimarte... ¿Es posible? Después de haber ido tan lejos, cuando ya se sabe lo peor, cuando te acusan de haber comenzado la empresa, ¿retrocedes y malogras el fruto de tales combinaciones? Concebirla es crimen vulgar; ejecutarla, obra inmortal; si el éxito la corona, todos la tienen por legítima, porque el éxito es el juicio de Dios.

UN PAJE.—El coronel Piccolomini.

LA CONDESA (*vivamente*).—Que aguarde.

WALLENSTEIN.—Ahora no puedo recibirle. Que vuelva otra vez.

UN PAJE.—Pide tan sólo un momento de audiencia para un asunto urgente.

WALLENSTEIN.—¿Qué querrá decirme? Quiero verle.

LA CONDESA (*sonriendo*).—Será urgente para él; pero tú bien puedes aguardar.

WALLENSTEIN.—¿De qué se trata?

LA CONDESA.—Más tarde lo sabrás; ahora piensa tan sólo en despachar á Wrangel. (*El Paje se va.*)

WALLENSTEIN.—Si aún me fuera posible elegir y hallar una salida menos cruel, de buen grado la aprovecharía para evitar toda violencia.

LA CONDESA.—Nada más fácil. Despide á Wrangel, olvida tus sueños, abdica completamente el pasado y decidete á emprender nueva ruta. También la virtud tiene sus héroes, como la gloria y la fortuna. Vé á Viena al punto con tus tesoros, y declara sencillamente que quisiste poner á prueba la fidelidad de tus servidores y burlar á los suecos.

ILLO.—Hasta para tomar este partido es tarde ya. Están muy enterados de lo ocurrido. Esto sería poner la cabeza en el tajo.

LA CONDESA.—Nada temo por esta parte. Fáltanles pruebas para juzgarle según las leyes, y no querrán incurrir en un acto de arbitrariedad; con que dejarán que se retire tranquilamente. Ya veréis lo que va á

pasar á mi juicio. Se presentará el rey de Hungría, y dejarán que el duque se retire, como es natural, sin necesidad de explicación alguna. Luégo el rey recibirá el juramento de las tropas, y todo seguirá como hasta aquí, y como si nada hubiese ocurrido. En esto, el mejor día el duque se retira á sus castillos, trae á ellos la animación, caza, edifica, fomenta la cría caballar, se rodea de una corte, da suntuosos banquetes, distribuye condecoraciones... es en una palabra un rey... ¡en pequeño! Y como se ha mostrado bastante juicioso para abdicar su importancia real, dejan que brille cuanto quiera... Ya le tenemos convertido en gran príncipe de por vida... ¿Y qué? Será uno de tantos hombres de nuevo cuño que alzó la guerra, hechuras de la corte, que fabrica con la misma facilidad duques y príncipes.

WALLENSTEIN (*levantándose; vivamente agitado*).—¡Oh Dios de misericordia, muéstrame el mejor camino para salir de esta angustia! ¡Ah! Yo no puedo, con alharacas de hombre virtuoso, satisfacerme con mis intenciones, ni decirle tampoco á la suerte que me abandona, haciendo del magnánimo, «vé, no te necesito»... ¡Ah! no; si me cruzo de brazos soy muerto... Lo que me suspende y detiene no es el peligro, ni el sacrificio, sino el deseo de evitar tan grande extremidad. Pero antes que hundirme en la nada, después de haber sido tanto; antes que ser confundido con aquellos miserables que en un día se alzan y caen, prefiero que la posteridad pronuncie mi nombre con horror y Friedland sea mote de aborrecimiento.

LA CONDESA.—¿Pero qué hay, en todo esto, contrario á la naturaleza?... porque yo no sé verlo... ¡Ah!... no permitas que los siniestros fantasmas de la superstición extingan la luz de tu inteligencia. ¡Qué! Te acusan de alta traición; con razón ó sin ella... Pues bien; ahora no se trata de esto. Lo cierto es que estás perdi-

do si no empleas en tu defensa el poder que posees... ¿Y dónde hallarás una criatura tan inofensiva que no use, para defender su vida, todas sus fuerzas? ¿Qué habrá tan osado que no justifique la necesidad?

WALLENSTEIN.—¡Fué tan bueno el Emperador para mí, en tiempos!... ¡Me amaba, y me estimaba tanto! ¡Nadie poseyó su corazón como yo! ¿Á quién honró como á mí?... ¡Y parar en eso!

LA CONDESA.—Si con tal fidelidad recuerdas sus más ligeros obsequios, ¿por qué no tienes cuenta de las ofensas recibidas?... ¿Hemos de recordarte cómo recompensó tus leales servicios en Ratisbona? Para engrandecer al Emperador, te indispusiste con todos los príncipes, y atrajiste sobre tu cabeza la maldición del mundo entero. Tu amistad con Fernando, te enemistaba con toda Alemania. Y cuando en medio de la deshecha borrasca no podías contar con otro apoyo ¿te lo prestó acaso?... No, te dejó sucumbir, ¡te dejó sucumbir!... qué digo? ¡te sacrificó al orgullo del bávaro!... No digas que con devolverte tu dignidad reparó tamaña injuria, porque no fué él quien te la devolvió sino la imperiosa ley de la necesidad.

WALLENSTEIN.—Cierto; no debo ni á su voluntad, ni á su afecto mi poder; si de él abuso, no abuso de su confianza.

LA CONDESA.—¡Afecto!... confianza! Palabras! ¡que tenían necesidad de ti!... ni más ni menos. La necesidad, el déspota rudo á quien poco importan los figurones y los vanos nombres, que quiere hechos y no apariencias, que busca en todas partes al más experto para fiarle el timón, así deba sacarlo del populacho, esa fué quien te colocó á la cabeza, esa quien firmó tu nombramiento. Mientras puede, y por el tiempo que puede, esa raza de los príncipes llama en su auxilio sus propios y artificiosos esfuerzos, y emplea á los serviles; mas cuando las circunstancias extraordinarias

se acercan, y se desvanecen los impotentes fantasmas, todo va á parar en manos de la poderosa naturaleza, de aquellos gigantes que no aceptan ninguna convención, y obran sólo por propio impulso, no por impulso ajeno.

WALLENSTEIN.—Cierto que siempre me vieron tal como soy. Nunca les engaÑé en mis tratos. Nunca les he ocultado mi carácter osado y audaz.

LA CONDESA.—Todo lo contrario... Si te mostraste siempre temible y fiel á ti mismo, la culpa fué suya en fiar el poder á quien tanto temían. El carácter siempre acorde consigo mismo, no merece ningún reproche; sólo yerra cuando se contradice. ¿No eres acaso el mismo que, ocho años há, recorrías Alemania á sangre y fuego, azote de los pueblos, burlando las ordenanzas, ejerciendo la fuerza, hollando todo dominio por engrandecer á tu déspota? Entonces era ocasión de romper contigo y llamarte al orden. Pero entonces tal conducta era útil al Emperador y ¡claro está! sancionaba en silencio la violencia con su sello imperial! Y lo que entonces era justo, porque obraba en su favor, ¿sería odioso ahora porque recae en su perjuicio?

WALLENSTEIN (*levantándose*).—Nunca había mirado las cosas desde este punto de vista. Realmente, cuanto ejecuté en pró del Emperador era contrario al orden, y á verdaderos crímenes debo mi manto de príncipe.

LA CONDESA.—Convengamos, pues, en que entre tú y él no se trata de justicia ni de deberes, y atendamos á la fuerza y á la ocasión. Llegó el momento de fijar los grandes cálculos de tu vida; los mismos astros se muestran propicios y te anuncian que ha llegado la hora. ¿Para qué habrás pasado tu vida midiendo su curso, trazando círculos y cuadrantes, dibujando en las paredes zodíacos y esferas? ¿Para qué rodearte de mudas imágenes? ¿Será esto un juego infantil que á nada te conduzca? ¿Qué ineficaz sería tanta ciencia, si

ningún influjo ejerciera en un momento decisivo!...

WALLENSTEIN (*durante estas últimas palabras, se pasea con viva agitación y luego se detiene de pronto é interrumpe á la condesa*).—¡Llamad á Wrangel!... Salgan inmediatamente tres correos.

ILLO.—¡Gracias á Dios! (*Se va corriendo.*)

WALLENSTEIN.—¡Lo quieren su ángel malo y el mío! De mí se sirve para castigarle. ¡De mí, el instrumento de su ambición! Cuanto á mi suerte, paréceme que se halla afilado el hierro de la venganza que ha de traspasarme. Quien siembra los dientes del dragón no puede esperar muy feliz cosecha. Todo crimen lleva consigo su cruel vengador en la desesperación... Ni él puede fiar de mí, ni puedo yo retroceder... Suceda pues lo que quiera... El destino decide de todo y nosotros no hacemos más que ejecutar sus imperiosas decisiones. (*A Terzky.*) Conduce á Wrangel á mi despacho; quiero hablar yo mismo á los mensajeros... Haz llamar á Octavio. (*A la condesa que manifiesta su regocijo.*) No te alegres tan pronto, que el destino es celoso y le ofende la prematura alegría. Depongamos la semilla en sus manos y aguardemos á que el tiempo nos muestre si germinó para nuestra ventura ó para nuestra perdición. (*Vase.—Cae el telón.*)

